

Reseña literaria

ISSN: 2463-0624 / Vol. 1 N° 11

www.als.edu.co/revistaticals

Luisa Fernanda Porras Vizcaíno

Máster en Estudios Avanzados en Literatura Española
y Latinoamericana y Máster en Escritura Creativa

Universidad Internacional de La Rioja
fernandaporras95@gmail.com

Recepción del artículo: 27/03/2025

Aceptado: 16/05/2025

Caso práctico: Análisis del tiempo, narrador y carácter político del primer capítulo de *El Otoño del Patriarca*, de Gabriel García Márquez

En el presente documento se analiza la obra “El otoño del patriarca” (1975) del Premio Nobel de Literatura (1982) Gabriel García Márquez (1927-2014), escritor, periodista, guionista y editor colombiano. El escritor, mejor conocido como “Gabo”, es uno de los autores del boom latinoamericano, y digo “es” y no “fue” porque su prosa y su narrativa, está inmortalizada en la memoria de cientos de lectores alrededor del mundo.

Gabo cambió el mundo con su realismo mágico, movimiento pictórico literario de mediados del siglo XX. Fue el precursor de dicho movimiento; sus obras crearon lugares lejanos e inexistentes con ritos y folklore bizarro. Con ello hace creer al lector en esa cultura, paraje y vida que describe; transporta a sus lectores a las calles de lugares aparentemente inventados, pero que bien podrían existir con toda su magia, irreverencia y locura, elementos en los que él mismo cree y vive.

Es así como sus obras fueron controversiales por describir una cultura desconocida para el mundo que observaba con atención la literatura de América Latina, pensando que todo aquello era ficción, y determinaron el momento histórico en el que se escribieron: Latinoamérica había sido marcada por la revolución cubana (1952 – 1976), de la cual todos los autores del boom eran fieles seguidores por su forma de pensamiento liberal - comunista. El atractivo de dicha revolución eran sus promesas de mejorar las condiciones de vida a través de las decisiones políticas. Mientras tanto en Colombia, en el año 1974, se llevaban a cabo paros cívicos y huelgas de los sindicatos laborales demandando mejores condiciones para los trabajadores de los distintos gremios.

Esto, durante el gobierno del presidente Alfonso López Michelsen, político liberal, abogado, catedrático y columnista, con quien Gabo tenía una relación estrecha, ya que Michelsen había sido su profesor en la Universidad Nacional de Colombia mientras estudiaba derecho. Todo lo anterior despertó en Gabo la necesidad de plasmar en sus líneas la existencia de un país olvidado al norte del sur (Suramérica), en el que habitaban seres y lugares mágicos, de los que García Márquez plasmó mucha más veracidad de la que creen los lectores extranjeros, pero siempre enmarcado en las ideas liberales ofrecidas por Cuba, y que Gabo se había convencido de que eran una oportunidad de mejoramiento para el pueblo de América Latina.

Es de notar entonces que, en la obra de García Márquez, no solamente en *El otoño del patriarca*, sino en su obra en general, como lo sugiere Cevasco (2014):

Un elemento fundamental en las obras de García Márquez es el tiempo, que se extiende desmesurado, mágico y, a veces, en círculo, para expresar que todo tiene un comienzo y un final. El tiempo expresa el signo trágico del ser humano: se vive para morir y para ser olvidado. Aunque las piedras de un palacio recuerden vagamente que allí vivió un hombre grande, en el presente reinan las vacas parsimoniosamente devorando todo signo

de poder, como sucede en *El otoño del patriarca*. Quizá en ese olvido está la angustia humana. Con la muerte ya no se es ni para sí mismo ni para otros. (p. 74)

Dicho lo anterior, es pertinente entonces analizar “El otoño del patriarca” con una mirada crítica, conectando las ideas políticas del autor con su prosa. Es este interés absolutamente relevante, porque el escritor se permite jugar con la temporalidad para extraerla de la línea de tiempo real, dándole vida a sucesos en ambientes y momentos distintos para evitar su muerte, su caída o su extinción. Con el cambio de temporalidad García Márquez permite que sus personajes existan cómo y dónde mejor les plazca, aun cuando la realidad pudo haber sido completamente distinta.

Como se ha explicado anteriormente, Gabo se interesó por utilizar su prosa para explicar ideas de corte liberal. Los lectores lo descubren a lo largo de la obra en cuanto a la descripción del *patriarca*, la cual es una búsqueda por el arquetipo del dictador latinoamericano. Hay un claro ejemplo de ello con Rafael Leónidas Trujillo, dictador de República Dominicana en el período de 1930 a 1961, que utilizaba un suplantador para eventos públicos y sociales, y de esa manera mantener su propia vida a salvo. Podría incluso arriesgarse el lector a considerar este como un evento histórico que concuerda temporalmente como elemento influyente en la creación de la obra de García Márquez.

Es así como “El otoño del patriarca”, en su primer capítulo, se caracteriza por la falta de elementos que condicionen la temporalidad para la comprensión del lector. El autor inicia con una voz de narrador homodiegético que da la impresión de ser un soldado del pelotón que registra la casa presidencial: “(...) *sólo entonces nos atrevimos a entrar sin embestir los carcomidos muros de piedra fortificada*” (p. 7). Así se mantiene algún tiempo a lo largo del primer capítulo, “(...) *y vimos por las ventanas numerosas el extenso animal dormido*” (p. 10). Hasta que el narrador se pierde y parece ser extradiegético, ya que

conoce ciertas intimidades del patriarca. Pero luego vuelve a ser homodiegético, incluyendo su opinión sobre las acciones del patriarca, expresando su admiración al respecto: “(...) acechaba la ocasión del encontrarse con una sola para hacer amores de gallo (...) qué bandido mi general, tan grande y todavía tan garoso” (p. 21).

Por otra parte, empieza en la exploración de la casa presidencial al decir: “Durante el fin de semana los gallinazos se metieron por los balcones de la casa presidencial (...) vimos el galpón en penumbra donde estuvieron las oficinas civiles, los hongos de colores y los lirios pálidos” (p. 9). Luego el narrador parece recordar con solemnidad y cariño al patriarca, recordando los momentos en los que le vio vivo en aquella casa, o supo que allí estaba, con vida, conectando dichos recuerdos con nuevos espacios y momentos de la vida del patriarca: “(...) arrastrando por toda la casa sus grandes patas de elefante en la nieve mientras resolvía problemas de estado y asuntos domésticos” (p. 14). Más tarde se muda de ese escenario que parece ser bastante familiar, a lugares lejanos: “(...) había visto las vacas de oro macizo dormidas en la playa de Tanaguarena, (...) había visto el agosto abrasante de Trinidad, (...) había visto la pesadilla de Haití?” (p. 37). Lo anterior no permite establecer con claridad un hilo conductor espacio-temporal, lo cual demanda del lector completa atención para no perderse ningún detalle durante la narración.

Adicionalmente, la escritura carece de pausas largas (puntos finales o párrafos separados). El autor conecta ideas (a través de pausas cortas como comas), una tras otra, como si aquello fluyera de esa forma en la mente del narrador quien, mientras va caminando, explorando la casa de su héroe, evoca dichas memorias que se agolpan en conjunto. Estas se hilan unas con otras de una forma no muy clara en cuanto al espacio y al tiempo. Se mezclan tiempos, situaciones, actores y sucesos, que alimentaron la vida del patriarca y ahora alimentan el recuerdo del mismo, como puede el lector leerlo entre las líneas escritas por Gabo.

De la misma forma, se evidencia una falta de comillas para citar las palabras de otros personajes, así

como guiones de diálogo: “(...) y él alegaba muerto de la risa que si Dios no es tan macho como usted dice dígame que me saque este cucarrón que me zumba en el oído” (p. 21). Lo anterior puede representar un rasgo del narrador, al que también se le atribuye el uso de un lenguaje coloquial que evoca en el narrador un personaje del pueblo. Este es un personaje de clase media en la que el uso de malas palabras es natural y ayuda a expresar emociones con mayor ímpetu e incluso con mayor honestidad: “(...) Patricio Aragonés las tomaba sin gratitud diciéndole entre cada cucharada que abí lo dejo por poco tiempo con su mundo de mierda mi general” (p. 25).

Luego de leer la obra, analizarla e incluso hacer un ejercicio profundo de su relevancia, esta obra representa para mí, como colombiana, en gran parte el folklore de mi país, ya que para la época en la que se escribió la obra, los gobernantes representaban personas escogidas por el pueblo, que habían crecido peldaño a peldaño, que tienen una cultura de pueblo, y que han crecido con necesidad. Es por eso que sus sueños de lucha se ven reflejados en su forma de actuar a la hora de crecer dentro de un espacio político. Un ejemplo de ello son las guerrillas, que luego de desmovilizarse acceden a cargos políticos y públicos con aparentes ideales de lucha por y para el pueblo, que en realidad se han desdibujado luego de años de violaciones, tráfico, asesinatos, olvido e invisibilidad.

El cambio forzado de las opciones políticas de los gobernantes ha influido en la toma de decisiones del pueblo, como lo presenta García Márquez en su obra; no hay confianza, fe ni mucho menos continuidad en los gobiernos que han tomado el mando del país, todo con una intención clara: dividir. De haber dos gobiernos continuos que ejecuten las mismas decisiones, conceptos y protección, sin lugar a duda la sociedad colombiana no dudaría un momento en hacerse cargo de sus posiciones políticas por motivos de peso como propuestas laborales, ambientales, económicas, y no por un plato de comida a modo de soborno ante el hambre. ¿A dónde llegaría un pueblo educado a manos de la ciencia y la literatura, y no del hambre?

Tal vez fue eso lo que Gabo intentaba decirnos; él mismo creía en la oportunidad de cambiar el mundo a manos de una corriente política que velaría por el bienestar del pueblo, creyó en ello hasta el final de sus días, y se mantuvo fiel a aquel ideal hasta que la mente empezó a fallarle y se acabaron sus fuerzas.

Es sorprendente descubrir que aquella ausencia temporo-espacial le permite a la obra trascender a pesar del paso de los años; podría este patriarca ser cualquiera, en cualquier país de América Latina, en cualquier momento del siglo XX o XXI, en las

carnes de cualquier hombrecito con miedo de asumir la presidencia para hacerse con ello una fortuna a escondidas del pueblo. No es menos importante entonces decirle al mundo la verdad: los dictadores siguen sentados tras sus escritorios, no importa si son de derecha o izquierda, si prometieron darle al pueblo o no, si sugirieron hacer su mejor esfuerzo o solo sonrieron frente a las cámaras. La obra de García Márquez le da a la sociedad la posibilidad de reconocer dónde estamos, en manos de quién, y preguntarse por qué no son las nuestras, nuestras propias manos, las que construyen el futuro de nuestro país.

Referencias

Cevasco, G. (2014) Gabriel García Márquez y el tiempo. Recuperado de https://tarea.org.pe/wp-content/uploads/2014/07/Tarea85_74_Gaby_Cevasco.pdf